

La calle para el miércoles primero de agosto de 2007  
Diario de un espectador  
Frida por O’Gorman  
por miguel ángel granados chapa

A pesar de que ayer quedó atrás julio, el mes en que nació y murió Frida Kahlo, no es tarde --ni lo será nunca—para seguir explorando en su vida, en su modo de ser, en su obra. Hoy nos valemos para ese efecto del retrato que hizo de ella el pintor, arquitecto y escultor Juan O’Gorman, una gran personaje de las artes visuales en México, cuya obra más conocida, y más vistosa, y también una de las mejores, es la Biblioteca central de la Unam, en la Ciudad universitaria, a unos metros de la torre de la rectoría.

“Conocí a Frida —escribió el maestro en su *Autobiografía*, editada hace sólo unas semanas por la colección Pértiga, de la propia Universidad nacional—en la escuela preparatoria, y era yo cinco años de edad mayor que ella. Mi condiscípula era una estudiante de primera calidad. Como estudio, bastábale leer una sola vez los textos. En esa época Vicente Lombardo Toledano desempeñaba el puesto de director de dicha escuela. Para satisfacer peticiones urgentes al director, Frida había organizado un grupo selecto de estudiantes que la apoyaban.

Entre las peticiones presentadas, recuerdo las siguientes: ‘Tal profesor no concurre a clase, por lo tanto, hay que cambiarlo por otro eficiente y que cumpla con su deber. Tal otro profesor no es pedagogo, es necesario sustituirlo por otro competente. Otro más no sabe lo que dice, puesto que el texto de los libros es contrario y cuando le hacemos preguntas no es ca paz de contestarlas. A eliminarlo, a renovar el profesorado’.

‘Los cachuchas’ era el sobrenombre del grupo que capitaneaba Frida y al que pertenecía, me parece sin asegurarlo, el licenciado Miguel Alemán, también alumno de la preparatoria.

Frida, vivaz, inteligentísima, llena de alegría, capitaneaba a los muchachos.

Desgraciadamente, a los diecisiete años de edad tan extraordinaria mujer sufrió un accidente en el camión de que era pasajera al chocar con un tranvía, accidente que la baldó para el resto de su vida.

Tiempo después del horrible accidente se casó con el maestro Rivera y fue en esta época cuando me encomendaron la construcción de su estudio.

Mis relaciones con Diego Rivera y con Frida fueron desde entonces de lo más cordiales y amistosas. Los visitaba todos los domingos, o por lo menos una vez a la semana. Los dos fueron, para mí, amigos de toda la vida.

Frida también fue una amiga entrañable, una mujer extraordinariamente inteligente y sensible. Crítica permanente, hábil y fina de la obra de Diego Rivera.

En la forma más cariñosa, pero vigorosa, me decía lo que pensaba de mi pintura. Escuché siempre a Frida como la voz de la persona más sensible que he conocido en la vida.

Fue otra de las mujeres mexicanas (como mi abuela, mi nana, la criada yaqui, mi profesora de la escuela primaria) que también representó a mi patria, y es parte del amor que tengo por México el que le tuve a Frida.

Como pintora, considero que Frida es una de las mejores que ha tenido México en nuestra época. Poco numerosa, pero de extraordinaria calidad, su obra se atesora en colecciones particulares, motivo por el que no se conoce como debiera conocerse.

Como en el caso de la obra del gran pintor Bruegel el viejo, la de Frida logrará encontrar el sitio que le corresponde e irá a los museos para beneplácito de todo el mundo algún día.

Diego Rivera le tenía tal aprecio que una ocasión me dijo: ‘Frida no es sólo la mujer más sensible e inteligente que existe en todo el mundo, sino que también es una de las más grandes pintoras de nuestra época. Tiene el don de la sabiduría y es, además, de una sensibilidad para la plástica tan grande, que se puede decir que están unidas en ella la sabiduría del conocimiento de lo que es el hombre y la intuición estética para expresarlo de manera maravillosa en forma y color’.